

CARTA DOMINICAL

12 DE MAYO DE 2019

ECO DE LA PALABRA

La nueva Iglesia (III). Su brillo

La nueva Iglesia, además de ser bella, también resplandece. Y la misma mirada que descubre su belleza es la que se deja impresionar por su brillo.

Desde el momento en que Jesús nos dijo “vosotros sois luz del mundo... Brille así vuestra luz delante de los hombres” (cf. *Mt* 5,14.16) y San Pablo nos recordó que “en otro tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; vivid como hijos de la luz” (*Ef* 5,8) y “en medio de la generación actual brilláis como estrellas en el mundo” (*Fil* 2,15), nos vemos urgidos a preocuparnos por el efecto de nuestra presencia en el mundo: ¿iluminamos o no?, ¿somos realmente luz?

Hace años acompañaba espiritualmente un grupo de esforzados orantes. En el diálogo previo a la oración, uno de sus miembros, un gran creyente, siempre, cada reunión, acababa diciendo: “¡Testimonio, testimonio, eso es lo que nos falta!” Todos sabíamos lo que iba a decir, antes de que hablara. Casi se convertía para él en una obsesión. La verdad era que había educado muy cristianamente a su familia. De forma inesperada una de sus hijas, joven creyente entregada a la ayuda social, murió en un accidente absurdo, sin que ella tuviera responsabilidad alguna en ello. La reacción del padre resultó para todos verdaderamente testimonial: su fe, su paz, iluminó a propios y extraños.

Hoy el impulso evangelizador, que ha de mover a la Iglesia, pasa siempre por la llamada al testimonio, como factor indispensable, según muchos el único realmente eficaz en la transmisión de la fe.

Pero actualmente también escuchamos no pocas voces preocupadas por el deterioro de la imagen de la Iglesia. Así, nos dicen, no podemos iluminar, hay que recuperar la

buena imagen. Tienen razón, hasta un cierto punto. Antes hemos de precisar qué luz es la que ha de transmitir la Iglesia. Los pecados de la Iglesia enturbian su imagen ante la sociedad. Pero Jesucristo, el Santo, el Testigo fiel, la Verdad, fue crucificado precisamente por presentarse como la Luz del mundo (“era la luz verdadera que ilumina a todo hombre”; luz que brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron o “no le vencieron”: *Jn* 1,5.9).

En el libro del Apocalipsis leemos:

“La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbren, porque la alumbra el resplandor de Dios, y su lámpara es el Cordero” (*Ap* 21,23)

Más que preocuparnos de recuperar la buena imagen ante la sociedad, nuestro reto está en procurar que la luz presente en la misma Iglesia sea la luz de Dios brillando en “la lámpara del Cordero”, es decir, en Jesucristo.

El brillo de la Iglesia es como el de una vidriera en una catedral gótica. Ella sola no brilla, pero si la atraviesa una potente luz (el sol si miramos desde dentro del templo, la luz de la celebración litúrgica si miramos desde fuera) entonces el efecto es espléndido: los colores y las formas, en su diversidad y armonía aparecen con todo su resplandor. Quizá haya que cambiar algo en la materialidad de la vidriera o, quizá limpiarla, pero ante todo nos hemos de preocupar de que toda ella se deje atravesar por la luz potente de Jesucristo.

No es que así tengamos garantizado “el éxito” ante la sociedad, pero sí estaremos seguros de compartir el mismo destino de Cristo: la Iglesia – la ciudad nueva.

† Agustí Cortés Soriano
Obispo de Sant Feliu de Llobregat